

Ecuador (1976)

La Petrotex

Desde arriba, la selva es una superficie verde, suave y ondulada, donde las torres de fuego emergen a intervalos regulares.

—Arévalo, no sé por qué usted se preocupa tanto.

—Ingeniero, es que no veo cómo va a solucionar el problema de los desechos del petróleo. ¿Los va a poner en tanques? ¿O los va a inyectar otra vez en el suelo?

—Ni uno ni otro, Arévalo. Vamos a ponerlos en piletas.

—Ah, entonces, va a forrar esas piscinas con cemento, ¿no?

—No. No es necesario.

—¿Usted quiere decir que los desechos van a ser volcados directamente en esos agujeros cavados en la tierra? ¿En piletas abiertas? ¿Y en contacto directo con el suelo?

Desde la ventana del tercer piso del edificio central, Esteban Ruiz observa la estación Sacha Sur y la fila de columnas de fuego, rojas y amarillas, grandes como casas, donde el gas se consume temblando, día y noche, noche y día, bajo sol, trueno y lluvia, con furia incesante. Observa la distorsión del cielo violeta a través de la atmósfera caliente, y el aire acondicionado de la oficina le da escalofríos.

El ingeniero Ruiz piensa antes de responder al contador.

—Vamos, hombre. No es petróleo. ¡Es agua!

—Agua con bencina, con plomo, hasta con arsénico. Usted sabe que esos desperdicios nocivos van a contaminar el suelo y el agua, ingeniero. Esta es la selva amazónica, es un sistema frágil, usted sabe.

Arévalo se pone rojo, un poco por hablarle así a su jefe—pero más que todo de indignación. Este gringo viene a echar porquerías en mi país, piensa, ¡y no le importa! Luego recuerda que Esteban Ruiz no es gringo, es un español, pero es igual, porque vive en Texas y trabaja para la Petrotex. Claro, ¡él mismo también trabaja para La Compañía! Y este pensamiento también lo pone rojo, pero de vergüenza.

—Yo no decido esto, Arévalo. Me dijeron claramente que aquí en Ecuador las cosas se hacen así. Presentamos los planes y en Quito los aceptaron. Nos dieron este bloque para la explotación del petróleo, y eso es lo que importa.

—Comprendo, ingeniero. Pero sólo para su información: La gente que vive por aquí, indígenas y campesinos, usan el agua de los ríos para beber, para cocinar, para bañarse. Si las piletas desaguan en los ríos, van a contaminar todo el sistema. Además, las lluvias van a desbordar esas piletas. Eso es muy peligroso.

—Mire, Arévalo, los suelos aquí funcionan como un filtro de barro. ¡Filtran todo!

El otro lo observa con irritación. “¿Éste piensa que soy idiota? ¡Un tóxico no es una ameba, ni un micro organismo!”

—No se preocupe, hombre—dice Esteban Ruiz, mientras acompaña al contador hacia la puerta de salida. —La selva aquí es poderosa; absorbe y recicla todo. ¡La naturaleza cura sus propios males!

¡Idiota!, piensa Arévalo. Pero no dice nada.

